

## Dossiê

# Comparar para reformular: Ana Pizarro y las direcciones del comparatismo en América Latina

Facundo Gómez<sup>1</sup> 

### Resumen

*Ana Pizarro ha liderado un célebre proyecto colectivo dedicado a escribir una nueva historia de la literatura latinoamericana. Uno de los desafíos principales que la iniciativa debió afrontar fue la adopción del método comparatista y su articulación con las inquietudes y orientaciones de la crítica literaria local. En ese contexto, Ana Pizarro ha reflexionado sobre la problemática y ha planteado la necesidad de un “comparatismo latinoamericano”. Por un lado, la reconstrucción del proyecto y de los debates sobre el tema permiten iluminar el tópico y contextualizar la intervención de la autora en la discusión. Por el otro, el análisis de su artículo “Sobre los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina” clarifica que su interpretación de las letras regionales está centrada en la idea de heterogeneidad cultural. Su texto dialoga con los aportes del comparatismo contemporáneo y confluye con sus tendencias más renovadoras. La autora conjuga una agenda integradora y otra radicalizada que impactan de forma desigual en el diseño de la historia literaria y plantean un programa de investigación crítica todavía vigente. Pizarro reformula así las propuestas del comparatismo en función de un anclaje geopolítico latinoamericano, lo que implica operaciones críticas tan complejas como originales.*

**Palabras-clave:** Ana Pizarro. Literatura latinoamericana. Literatura comparada. Crítica literaria.

**Silvio Renato Jorge**  
Editor-chefe dos  
Estudos de Literatura

**Dra. Livia Reis**  
**Dra. María Carolina Pizarro**  
Editores convidados

Recebido em: 04/07/2024  
Aceito em: 14/08/2024

<sup>1</sup>Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina.  
E-mail: gomezefacundo@gmail.com

#### Como citar:

GÓMEZ, Facundo. Comparar para reformular: Ana Pizarro y las direcciones del comparatismo en América Latina. *Gragoatá*, Niterói, v. 29, n. 65, e63547, set.-dez. 2024. Disponible en: <https://doi.org/10.22409/gragoata.v29i65.63547.es>

Escribir una nueva historia de la literatura latinoamericana supone un gran desafío para cualquier especialista. Concebirla de manera colectiva, en conjunto con colegas de diferentes trayectorias, formaciones académicas y orientaciones políticas complejiza aún más el anhelo. Pensarla como una instancia que actualice los vocabularios teóricos y las herramientas metodológicas de la crítica literaria torna casi inverosímil su desarrollo y concreción. Dirigir por años, desde distintas latitudes, con magros fondos, a través de cartas y en diálogo con múltiples autores e instituciones, un proyecto historiográfico que reúna los anteriores atributos transforma la tentativa en una muy improbable aventura intelectual.

Y, sin embargo, eso mismo fue lo que Ana Pizarro realizó desde la década del setenta: pensar una narrativa histórica alternativa para las letras de la región, abrir su diseño a la colaboración de prominentes especialistas y avanzar pacientemente con su producción a través de encuentros, debates, intercambios y reescrituras, hasta ver publicados los frutos de su trabajo, en una época muy disímil de aquella en que la idea fue esbozada por primera vez. Nos referimos, por supuesto, a los tres tomos de *América Latina: palavra, literatura e cultura*, publicados en São Paulo entre 1993 y 1995, una compilación de ensayos que traza el panorama secular, complejo y diverso de la creación literaria latinoamericana.

Aunque el aporte de Pizarro a nuestros estudios literarios no se limita a esta contribución, sino que se constata en otros relevantes libros y trabajos, cabe reconocer la sustancial significación que el proyecto tuvo en los modos de pensar la literatura latinoamericana. *La literatura latinoamericana como proceso*, el libro que recoge las ponencias expuestas en la reunión de expertos de Campinas de 1983, es un clásico en la bibliografía de materias de grado y seminarios especializados, mientras que los mismos encuentros que diseñaron la periodización y el abordaje del objeto de estudio conforman un episodio destacado en la historia intelectual del Cono Sur. A la vez, los tres volúmenes paulistas agrupan hipótesis audaces y lecturas renovadoras sobre el proceso cultural del subcontinente, que destellan en una escena académica ya atravesada por la transnacionalización, los estudios culturales y el poscolonialismo.

A pesar de algunas excepciones –como la tesis de maestría de Elizabeth Suarique Gutiérrez (2015), quien ha estudiado los planteos críticos de *América Latina: palavra, literatura e cultura*–, todavía faltan investigaciones que profundicen en la realización del proyecto y en sus operaciones críticas más trascendentales. En el marco de una investigación en curso que aborda estos temas como ejes de una reflexión más general sobre las transformaciones de la crítica en la década del ochenta, me propongo analizar un aspecto muy específico del emprendimiento: la introducción del comparatismo como método y sus repercusiones en el diseño de la historia de la literatura en construcción. En ese sentido, recupero la específica operación de Ana Pizarro y sus reflexiones en

relación con la potencialidad y las tensiones que subyacen a la adopción del método en el marco de un proyecto intelectual, inspirado por un ideario latinoamericanista. Para eso, el presente artículo se detiene en las reuniones de expertos de Caracas, en 1982, y de Campinas, en 1983, y en las dos obras que reproducen las ponencias, intercambios y balances allí ensayados: *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (1987) y *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), respectivamente.

Dentro de este acotado corpus, se toma como eje un breve texto, escrito por Pizarro y agregado al segundo de estos libros. Tanto su contenido como la operación editorial que su misma inserción representa permiten calibrar con mayor precisión ciertas cuestiones y desplazamientos. Estudiar las proposiciones de Pizarro sobre el comparatismo ilumina el modo en que el entero emprendimiento historiográfico debió lidiar a la vez con una orientación clásica de los estudios literarios y con una aspiración colectiva que se puede reconocer como modernizadora, integradora y emancipadora. Además, la indagación revela vínculos y rupturas entre instituciones, objetos de estudio y vocabularios teóricos, lo que motiva la revisión de los modos en que la autora chilena repensó, entre 1982 y 1983, ciertos elementos del comparatismo tradicional para reformularlos en una perspectiva crítica latinoamericana, atenta a inquietudes y agendas propias.

Este objetivo estructura las siguientes partes del presente artículo: primero, se repasa la conflictiva acogida del comparatismo en la primera reunión de Caracas y se hace énfasis en los debates que suscita y en la resolución sobre el tema incluido en el “Informe final”; luego, revisita la dinámica de la reunión de Campinas y se examina en detalle el texto de Ana Pizarro que es incorporado a *La literatura latinoamericana como proceso*. En esta última instancia, se presta especial atención a las apropiaciones trazadas en torno al comparatismo por la autora y se abordan los balances del encuentro de 1983 para recuperar de qué manera sus hipótesis influyen en las directrices que deberían orientar la elaboración de la nueva historia de la literatura latinoamericana. Se intenta caracterizar así el impacto de sus ideas en el diseño historiográfico y el haz de referentes, búsquedas y tensiones que sus enunciados proyectan para el comparatismo latinoamericano.

### **Ana Pizarro y el comparatismo en el Cono Sur**

Tania Franco Carvalhal, en su artículo “La literatura comparada en América del Sur”, designa ciertos hitos fundacionales de la acogida del comparatismo en la región. El más destacado corresponde a los esfuerzos de la academia brasileña, que ya hacia la década del sesenta ofrece títulos de graduación y posgraduación especializados en literaturas comparadas (1995, p. 36). Hacia 1986, en el marco del “Primer seminario latinoamericano de literatura comparada”, celebrado en Porto Alegre, se funda la Asociación Brasileña de Literatura Comparada (ABRALIC), una institución señera, para la cual la propia Carvalhal es elegida su

primera presidenta. El itinerario del comparatismo en la región se puede completar con un trabajo de Biagio D'Angelo, quien adiciona otros datos a la narrativa histórica: en Argentina, gracias a la iniciativa de María Teresa Maiorana, se crea en 1965 un Centro de Literatura Comparada en la Universidad Católica, mientras que Nicolás Dornheim funda otro en 1976, en la Universidad de Cuyo, que publica un *Boletín de Literatura Comparada*, de gran peso en el campo. En esas mismas coordenadas académicas se funda la Asociación Argentina de Literatura Comparada (AALC), que organiza su primer congreso hacia 1994 (D'Angelo, 2002, p. 136). Por otro lado, en Uruguay, Lisa Block de Behar alienta el desarrollo de la disciplina desde sus cátedras de teoría literaria y semiótica en la Universidad de la República y, finalmente, en 1988 se forma la Asociación Uruguaya de Literatura Comparada (AULICO), con el apoyo de ABRALIC.

Algunas de estas observaciones ofrecen elementos de interés para examinar el proyecto de Pizarro. El primero es el rol que adquiere Brasil en la institucionalización de las literaturas comparadas, lo que justifica en parte el hecho de que la segunda reunión de expertos se haya celebrado en la ciudad de Campinas. Otro elemento de interés es el mayor peso que tiene el Cono Sur en la apropiación del método; la bibliografía no incluye la experiencia de ningún otro país que los nombrados y apenas cita ciertos desarrollos esporádicos en Perú, Chile y Paraguay. Por último, sobresale un dato que motiva especulaciones: en ninguno de los dos textos se puede leer alguna alusión al proyecto historiográfico de Ana Pizarro. El asunto es relevante y bien puede transformarse en tema de futuras investigaciones. Sobre todo, si se considera que la intelectual chilena participa del insigne congreso comparatista en Porto Alegre de 1986 y que uno de sus principales colaboradores en el emprendimiento es Antonio Candido, un referente del comparatismo brasileño y un colega cercano de Carvalhal en ABRALIC. En los intentos del comparatismo para reseñar su desarrollo en el subcontinente, la narrativa parece acotada a los esfuerzos nacionales, por lo que se deja de lado empresas regionales que trascienden fronteras, lenguajes e instituciones. Quizás sea una derivación de la mirada comparatista que los autores referenciados manifiestan, entrenada en la confrontación de sistemas nacionales disímiles.

En todo caso, en gran parte de la bibliografía especializada, la significación del proyecto de Pizarro es omitida o minimizada, incluso en trabajos más recientes. Por ejemplo, Eduardo Coutinho, un experto brasileño en la materia, escribe hacia 2018 un artículo que traza un estado de la cuestión y una orientación para el comparatismo latinoamericano contemporáneo. En él, no hay referencias ni a los debates e hipótesis de Caracas y Campinas ni a los dos libros derivados de las reuniones. Solo se toma un conjunto de proposiciones de Ana Pizarro, glosadas en extenso, y se explica que derivan de una sistematización suya “junto al grupo reunido bajo la supervisión de Antonio Candido”, lo que desplaza a la autora de la centralidad del proyecto (2018, p. 21). Coutinho además realiza una afirmación debatible: para él, la renovación de la disciplina

no se da a causa de los esfuerzos locales, sino a partir del impulso teórico modernizador: “Con el advenimiento de la deconstrucción y de los estudios culturales y poscoloniales, la manera tradicional de abordaje del fenómeno literario sufrió un duro golpe en América Latina”, escribe el especialista, por lo que identifica a la teoría literaria como principal catalizador de los cambios en el comparatismo en la región (2018, p. 18), una afirmación que merece ser puesta en duda a partir del examen de las discusiones de Caracas y Campinas.

No obstante, una revisión bibliográfica más detenida sobre el desarrollo del comparatismo en América Latina indica que existen al menos dos trabajos que sí resaltan el valor del proyecto historiográfico y las intervenciones de Pizarro en la discusión sobre el valor del método en la conceptualización de la literatura latinoamericana. El primero es el de Genara Pulido Tirado (2013), quien inicia su propio recorrido por el desarrollo de la literatura comparada en la región con el análisis de un texto de la chilena publicado hacia 1982. Su título, “Sobre las direcciones del comparatismo en América Latina”, denota su carácter programático. El artículo es leído como una suerte de balance inicial acerca de la suerte que había corrido hasta entonces el comparatismo en la región. Para Pulido Tirado, el trabajo de Pizarro resalta con acierto las dificultades en la institucionalización de las literaturas comparadas y proyecta las posibilidades de análisis que el método entraña. Por otro lado, María Teresa Gramuglio, al reflexionar sobre cómo la práctica comparatista se ensaya en la universidad argentina, trae a colación el proyecto historiográfico dirigido por la intelectual chilena. La tentativa es colocada como un modelo posible de definición, problematización y reelaboración consciente y reflexiva de los conceptos y herramientas propios del comparatismo. Según Gramuglio, el emprendimiento integral de Pizarro se destaca como un intento por pensar en conjunto el corpus de las letras regionales, mientras que *La literatura latinoamericana como proceso* asciende como un trabajo mayúsculo de inquisición crítica, cuyas hipótesis sobre los dilemas y los aportes del comparatismo al seno de un proyecto aún “inacabado” abren amplias posibilidades de exploración y reformulación crítica (2013, p. 48).

Las dos apreciaciones colocan entonces el trabajo de Pizarro y el libro sobre las reuniones de Campinas como una intervención clave para el comparatismo latinoamericano, pero cada una de las ellas parece ir por un andarivel distinto: la primera se enfoca en un texto monográfico, mientras la segunda recae sobre la creación colectiva. Pues bien, lo que una lectura minuciosa de *La literatura latinoamericana como proceso* arroja es que ambas autoras refieren a un mismo discurso. El artículo de Ana Pizarro es publicado originalmente hacia 1982 en la revista cubana *Casa de las Américas*, pero años más tarde es incluido en el libro de marras, bajo el título “Sobre los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina”. Inserto en la “Introducción” que abre el tomo, el apartado es el único fragmento dedicado exclusivamente al tema del

comparatismo. Si bien es posible verificar referencias al método en otras partes de la publicación, lo cierto es que son estas páginas de Ana Pizarro, extrapoladas de la revista al libro, las que fijan las posiciones más claras sobre la relación entre el emprendimiento y el método comparatista. El texto, entonces, funciona como bisagra entre la reflexión individual de Pizarro y las discusiones de Campinas. Pero, para mejor comprender su significación en el proceso de elaboración de la historia de la literatura latinoamericana, es preciso revisar someramente lo hablado en torno a “la perspectiva comparatista” en el primer encuentro de expertos organizado de cara al proyecto, celebrado en la capital venezolana hacia 1982.

### El comparatismo en debate: la reunión de expertos de Caracas

En una entrevista reciente (Gómez; Sozzi, 2024), Ana Pizarro ha relatado que su interés en conceptualizar una historia de la literatura latinoamericana desde una perspectiva comparatista surge durante su exilio en París, después de abandonar Chile tras el golpe de Estado de 1973. Ante el ascenso de la violencia política y las derrotas de los movimientos revolucionarios, la sensación de pérdida y destrucción la impulsa a realizar un aporte constructivo en semejante escenario de catástrofe. Así, como posible aporte a la comprensión histórica de América Latina, imagina una nueva historia de las letras regionales, que incorpore los cambios teóricos, culturales e ideológicos de los últimos años. Con el apoyo de su jefe en la Sorbonne, Jacques Voisine, Pizarro se conecta con la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) y se une a la organización, a la cual le presenta un primer borrador del proyecto historiográfico, escrito junto con el crítico Jacques Leenhardt.

Hacia 1980, Pizarro se traslada a Venezuela, donde revitaliza su idea. Desde la Universidad Simón Bolívar y con el respaldo de la AILC, establece diversas redes con especialistas latinoamericanos y extranjeros para llevar a cabo sus planes. Aparecen entonces dos figuras fundamentales para el proyecto: Antonio Candido y Ángel Rama. El crítico brasileño pronto le brinda un entusiasta apoyo, consciente de las tensiones emergentes entre Pizarro y AILC, que muestra reservas hacia los primeros esbozos del proyecto. La participación del uruguayo es menos armónica, puesto que el borrador inicial no lo convence. Gracias a una revisión de su epistolario, es posible indicar que Rama es contactado primero por Henry Remak, profesor de la Universidad de Indiana, miembro de la AILC y referente del comparatismo mundial, quien lo invita a una reunión de la asociación y lo pone al corriente de la propuesta (25 de marzo de 1980).<sup>1</sup> Al mes siguiente, el uruguayo le escribe a Antonio Candido, al que anoticia sobre la situación, le explica sus determinantes críticas al primer esquema y lo invita a que juntos se involucren de lleno con el emprendimiento para poder orientarlo (Candido; Rama, 2016, p. 131). Desde entonces, se suman al proyecto y conforman con Ana Pizarro el equipo coordinador que lo lleva adelante.

<sup>1</sup>El documento que confirma este dato ha sido hallado en el archivo personal del crítico y consiste en una carta con membrete oficial de la AILC, dirigida a la oficina de Ángel Rama en el Wilson Center, la institución estadounidense donde investiga por entonces. El encabezado denota el título del gran proyecto internacional que por entonces desarrolla la institución, la *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*, en el cual Henry Remak se desempeña como presidente del Comité de Coordinación. Con fecha del 25 de marzo de 1980, el profesor norteamericano saluda a su colega uruguayo y lo invita a una reunión en Chapel Hill, North Carolina. Agradezco a Amparo Rama, hija del crítico, la posibilidad de acceder a los papeles personales del crítico, gracias a los cuales se han desarrollado varias investigaciones y publicaciones que permiten avanzar en una mirada más rica sobre la literatura, la crítica y la historia cultural latinoamericana.

El primer paso de esta nueva etapa es la organización de una reunión de expertos. Según lo ha contado la intelectual chilena, Rama había dictaminado que el diseño historiográfico debía empezar “de foja cero” (Maíz, 2013, p. 175), por lo que el temario del evento se aboca a la revisión de cuestiones preliminares, tales como la definición del objeto de estudio, la inserción de la historia en los planes de la AILC, la revisión de bibliografía previa y el aporte de las literaturas comparadas como método. Así es como se diseña el encuentro de especialistas celebrado en Caracas, del 26 al 29 de noviembre de 1980, auspiciado por la Universidad Simón Bolívar de Venezuela y la Unesco. Junto a Pizarro, un equipo integrado por Hugo Achugar, Carlos Pacheco, Beatriz González, Marga Russotto, Paula Atías, Peter Soelke y José Herrera se encarga de las tareas de gestión. Asisten a las jornadas Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Rafael Gutiérrez Girardot, Jean Franco, Domingo Miliani, Mario Valdés, Roberto Schwarz, Beatriz Garza Cuarón, Kenneth Ramchand, Franco Meregalli y Jacques Leenhardt. La ausencia más destacada es la del propio Ángel Rama, quien no logra presentarse por problemas con su visa de residencia en los Estados Unidos, una escandalosa situación de persecución política que lo termina por expulsar del país hacia 1983.

En un trabajo previo nos hemos detenido en los principales debates de la reunión (Gómez, 2021). Entre ellos, el que merece mayor consideración para comprender la intervención de Pizarro en Campinas es el que orbita alrededor de cómo concebir las literaturas comparadas en el entorno del proyecto. Los dos autores que exponen sobre el tema son Mario Valdés y Franco Meregalli. Las comunicaciones de ambos han sido incluidas en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* en el segundo capítulo, titulado “La perspectiva comparatista”. De cara a la comprensión de los debates, resulta apropiado colocar el foco en las proposiciones de Franco Meregalli, un renombrado hispanista italiano que pertenece a la AILC.

El texto se estructura como una exposición programática del método comparatista, que instala la perspectiva oficial europea frente al proyecto latinoamericano. Esto se hace evidente cuando se mencionan los orígenes del emprendimiento mundial de la AILC en el cual la tentativa de Pizarro se inserta. Meregalli reafirma con claridad su pertenencia institucional cuando indica: “Fue poco más o menos en aquella época que nuestra Asociación Internacional de Literatura Comparada planeó su ambicioso proyecto de una *Histoire des littératures en langues européennes*” (1987, p. 55). La intervención se inicia con una polémica observación sobre el objeto de estudio: a sus miras, la denominación correcta para la creación literaria del subcontinente sería “literatura iberoamericana”, en función de un criterio lingüístico que permita discriminar las letras escritas inglés, en una clara apuesta por dejar afuera de la historia a las letras caribeñas. Su definición es clara: “Cuando hablamos de “literatura latinoamericana” hablamos por definición de un conjunto

de literaturas que se expresan en un idioma románico” (p. 57). El otro elemento excluido por este movimiento es la producción indígena, cuyo valor literario, cultural y estético es puesto en duda y reducido a “una presencia del folklore, de poesía oral y en general de tradiciones indias” en las literaturas nacionales (p. 61). Desde la perspectiva de Meregalli, el esquema general para el capítulo latinoamericano de la colección debería centrarse en una comparación axial entre las literaturas brasileña e hispanoamericana.

El disenso es generalizado. Domingo Miliani encabeza las réplicas al criticar el fundamento lingüístico empleado por Meregalli (1987) para recortar el objeto de estudio. Para el autor, la posición revela desconocimiento de los avances de la sociolingüística, así como también un colosal desconocimiento de la cultura, la sociedad y la historia latinoamericana, sobre todo por la marginación de los aportes indígenas y africanos. Su veredicto es categórico: “Una historia de la literatura comparada que parta de estos criterios sería un genocidio cultural para América Latina” (Pizarro, 1987, p. 67). Una postura similar tiene Jean Franco, quien entiende que la propuesta del italiano tiene un fuerte componente ideológico y funciona como un dispositivo colonial y etnocéntrico: “Creo que hablar de la literatura comparada en el contexto de Latinoamérica es como hablar de imperialismo”, suscribe (Pizarro, 1987, p. 69). A su vez, Antonio Cornejo Polar distingue entre las ideas de Meregalli y los anhelos de algunos de los críticos reunidos en Caracas, que están más interesados en construir una historia de la literatura latinoamericana que tenga en cuenta, sobre todo, su inserción en los procesos sociales de la región: “Hasta aquí veníamos hablando fundamentalmente de algo que podríamos llamar una historia social de la literatura latinoamericana, en la cual hay un conjunto de problemas básicos que se han venido mencionando a través de las otras comunicaciones” (Pizarro, 1987, p. 67). Es decir, señala que las instancias previas de trabajo e intercambio estaban pensando el proyecto en términos que diferían sustancialmente de la inflexión comparatista planteada por Meregalli, por lo que el desacuerdo se subraya sobremanera.

Ante semejante interrogación, Ana Pizarro debe intervenir y hacerse cargo tanto de la iniciativa, como de las tensiones provocadas entre la exigencia metodológica del comparatismo de la AILC y los propósitos de los críticos latinoamericanos: “Quisiera aclarar que me responsabilicé de impulsar el proyecto dentro del Programa de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, por una determinada concepción de la literatura latinoamericana” (1987, p. 68). A continuación, expone cuál es esta definición: para ella, el comparatismo no debe ser pensado como elemento externo a la literatura latinoamericana, puesto que su misma concepción responde a un ejercicio de cotejo entre las letras nacionales y las europeas. La idea de introducir el método comparatista no se basa en criterios lingüísticos y difiere con cualquier tipo de operatoria de cuño

imperialista. A fin de cuentas, se trata de aprovechar las posibilidades de un método poco explorado hasta entonces en el subcontinente, para indagar en una literatura que es pensada por ella a partir de una heterogeneidad cultural que es histórica, social y transversal a todas las áreas de la región. Pizarro cierra su intervención con una relevante interpelación a los colegas presentes:

Luego, ¿qué entendemos por comparatismo *nosotros, latinoamericanistas*? Eso creo que es lo que tenemos que decidir, yo creo que no se trata de importar el comparatismo que se utilizó en Europa, o el que se está utilizando en Estados Unidos, sino de *formular las líneas de un comparatismo latinoamericano*. (Pizarro, 1987, p. 68, resaltado nuestro)

La afirmación es prístina y adquiere, como se verá en el siguiente apartado, un sentido programático: transformar el borrador inicial, inserto en el ambicioso plan transnacional de la AILC, en una oportunidad para ensayar una apropiación crítica del método, en el que el adjetivo afecta de lleno al sustantivo. Lejos de adoptar recetas, Pizarro apuesta por formular conceptos y ensayar principios metodológicos que dialoguen con las realidades propias, los conflictos de la producción regional y las inquietudes y anhelos de los intelectuales latinoamericanos.

Para terminar la revisión del asunto en las reuniones de Caracas, es preciso repasar el “Informe final”, que recupera los consensos a los que se arriba al finalizar las jornadas. En las últimas páginas del libro se puede registrar cierta incertidumbre sobre las definiciones y los métodos, insatisfacción ante las perspectivas mentadas y la pervivencia de fuertes diferencias entre las distintas orientaciones críticas; principalmente, entre el comparatismo ilustrado por Meregalli y la intención de revisión teórica de los demás asistentes. No obstante, al momento de definir la perspectiva comparatista del proyecto, se adopta una resolución que media entre ambas posturas y que permite avanzar con el “comparatismo latinoamericano” esbozado por Pizarro. El mismo se apoya en la idea de un “comparatismo contrastivo”: “Este debería, fundamentalmente, atender a la realidad heterogénea de las literaturas latinoamericanas, ya que esta situación constituye un aspecto fundamental de un comparatismo continental” (Pizarro, 1987, p. 191). Se trata de un principio metodológico que relaciona y distingue las diferentes literaturas nacionales entre sí y que se focaliza en las apropiaciones estéticas y culturales que los textos formulan de los conceptos, problemas y lenguajes literarios gestados en Europa y el resto del mundo. Se deja de lado definitivamente la noción de influencia y se avanza sobre la posibilidad de estudiar formas de significación textual específicas, por fuera de los moldes europeos, en pleno diálogo con entornos históricos y sociales determinados. Es decir, se acoge finalmente el método, pero con la suficiente apertura como para permitir desarrollos posteriores que completen una reformulación crítica latinoamericana.

### **Ana Pizarro: por un comparatismo latinoamericano**

Tras las jornadas de Caracas, el proyecto continúa con la organización del segundo encuentro de especialistas, que se celebra en la Universidad de Campinas el 6 y el 9 de octubre de 1983. El lugar y la institución dan cuenta de la importancia de Brasil en el emprendimiento, en dos sentidos: en términos literarios, se trata de un corpus que se busca integrar de forma programática al estudio de la literatura latinoamericana; en términos disciplinares, se trata del entorno académico donde más desarrollado se encuentra el método comparatista, tal como ha sido señalado. Entre la primera y la segunda reunión, existe un trascendental cambio entre los asistentes: Meregalli no participa del evento; tampoco lo hace gran parte del equipo venezolano que había organizado los debates de 1982; se suman, en cambio, figuras consagradas, como José Luis Martínez, y en ascenso, como Beatriz Sarlo.

Otra diferencia es que, en esta ocasión, Ángel Rama se hace presente y le imprime una orientación más definida al proyecto. Incluso, podríamos hablar de un “factor Rama” para sopesar la injerencia de su pensamiento en los intercambios y consensos del encuentro. Tal como se puede detectar tras la lectura de *La literatura latinoamericana como proceso*, las hipótesis historiográficas y la agenda de investigación que el uruguayo había expuesto en sus trabajos de la década del setenta parecen ganar el apoyo de los colegas, quienes manifiestan un alto grado de consenso acerca de sus enunciados (Gómez, 2019, p. 369). De tal forma, tanto el impulso de Rama como las discusiones del primer encuentro imprimen un cambio crucial a la historia: la tendencia comparatista representada por Meregalli pierde peso, mientras el proyecto entero parece encarrilarse de acuerdo con las aspiraciones latinoamericanistas que habían sido ya reivindicadas por Franco, Cornejo Polar, Candido y la propia Pizarro. Esta inflexión se hace explícita en la comunicación que la autora chilena presenta junto a Carlos Pacheco, en la que ambos afirman: “Tal vez el logro más importante de la discusión que precede esta Segunda Reunión de Expertos para el Proyecto de *Historia de la literatura latinoamericana* haya sido definir este trabajo de elaboración colectiva como una labor de vocación latinoamericanista” (1985, p. 68).

La escena en Campinas, entonces, parece avanzar sobre la idea del comparatismo latinoamericano reivindicado por Ana Pizarro. No obstante, en el libro que compila los trabajos no hay ningún texto específico que aborde el tema de forma puntual y detallada. La “perspectiva comparatista”, que en Caracas se había desplegado a lo largo de un capítulo y dos ponencias seguidas de acalorados debates sobre el método, parece un tanto diluida. El tópico solo aparece desplegado en la “Introducción”, que recupera las voces y los intercambios orales de los participantes. Allí se le dedica un apartado en el que se retoma, sin profundizar, la idea de “comparatismo contrastivo” y se vuelve sobre la necesidad de pensar el método a partir de las características de la creación

literaria en la región. Las observaciones son sucintas y se aprietan en solo dos párrafos. Esta limitada reflexión sobre las literaturas comparadas habilita una operación editorial reveladora: la inclusión del artículo de Ana Pizarro, “Sobre las direcciones del comparatismo en América Latina”, de 1982, en la “Introducción” de *La literatura latinoamericana como proceso*.

La inserción reviste numerosos sentidos: conecta las reuniones de Campinas con los debates de la crítica latinoamericana desplegados en otros espacios, como *Casa de las Américas*; se entrelaza con el aura revolucionaria de la revista cubana, en la que habían escrito otros participantes (sobre todo Ángel Rama), lo que robustece la tesitura antiimperialista del proyecto; incorpora volumen teórico al libro mediante una bibliografía especializada que abreva en discusiones contemporáneas de las literaturas comparadas; indica cierta deuda de las reuniones de Campinas acerca de la discusión del método, sugerida por la necesidad de sumar un texto que había sido publicado un año antes de la segunda reunión de expertos; jerarquiza las ideas de Pizarro en la noción de comparatismo que guía el emprendimiento, a la vez que confirma el desplazamiento: el tema deja de ser objeto de debate y se instala como elemento constituyente de una historia en construcción, que ya no amerita una fundamentación que justifique su pertinencia, sino, en todo caso, un trabajo más riguroso de apropiación y reinención.

Bajo el nuevo título de “Los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina” (Pizarro, 1985a), con el cual es incluido finalmente en el libro, la autora argumenta que pensar la relación entre comparatismo y literatura latinoamericana implica necesariamente lidiar con tres cuestiones principales: el estado actual de los estudios comparados en la región, los cambios específicos por los que pasa la disciplina en el contexto mundial y las particularidades de la creación literaria en América Latina. Sobre el primer punto, Pizarro indica el escaso desarrollo del comparatismo como perspectiva de investigación en la crítica literaria latinoamericana, por lo que concuerda así con las revisiones de Franco Carvalhal (1995) y Pulido Tirado, quienes sitúan en la década del ochenta los pasos decisivos de la institucionalización de la disciplina en Brasil. La versión original del artículo se publica apenas cuatro años antes del “Primer seminario latinoamericano de literatura comparada” de Porto Alegre. Y, como se ha dicho, Ana Pizarro asiste a este evento, en el que se funda ABRALIC y en el que ella expone su trabajo “El discurso literario y la noción de América Latina” (1986). De resultas, se puede sostener que, a través de su discurso, las proposiciones del mentado “comparatismo latinoamericano” son pronto socializadas en un ámbito regional más amplio, por lo que articulan en efecto las elaboraciones del proyecto historiográfico con las iniciales de la institución brasileña. Sobre las transformaciones recientes en el campo de las literaturas comparadas, Pizarro no traza ningún enunciado explícito, pero luego su argumentación cita trabajos, autores y eventos pertenecientes a la escena del comparatismo

mundial que demuestran un conocimiento actualizado del campo. En cuanto a las señas particulares de la literatura latinoamericana, el texto busca visibilizar la heterogeneidad de sistemas, lenguajes, tradiciones y movimientos de las letras regionales. Tal peculiaridad demanda, para la autora, confeccionar una nueva mirada crítica.

Al momento de definir el comparatismo, Pizarro alude primero a las ideas de Adrian Marino, quien suscribe que las literaturas comparadas se caracterizan por el estudio de las relaciones literarias internacionales. Luego, se cita en inglés a Henry Remak, quien coincide en que la disciplina estudia la literatura más allá de las fronteras nacionales y “quien aclara más adelante que se trata del estudio de autores, textos, géneros, corrientes, movimientos o períodos *pertenecientes a dos o más unidades culturales y/o lingüísticas*” (1985a, p. 51, resaltado nuestro). De cara al diseño de la nueva historia literaria, se trata de enunciados fundamentales. El matiz supranacional del comparatismo permite pensar la literatura latinoamericana como una unidad compuesta por sistemas disímiles cuyas similitudes y diferencias se pueden analizar a través de una mirada contrastiva. Por otro lado, la aclaración de Remak es especialmente significativa, ya que habilita la comparación de fenómenos enunciados en la misma lengua, cuestionando la validez de las posturas de Meregalli en Caracas, quien insistía en que la focalización estilística del comparatismo restringía su práctica al estudio de obras escritas en idiomas distintos. La cita del especialista norteamericano, en cambio, abre impares posibilidades: no solo legitima la comparación de textos escritos en la misma lengua, sino la incorporación a la historia de productos que van más allá de las prácticas letradas.

En este punto, vale la pena aclarar el sentido que adquiere la referencia bibliográfica: como se ha indicado, Henry Remak es un referente del comparatismo mundial. En términos institucionales, la comunicación con Ángel Rama ya había indicado su rol ejecutivo en el gran proyecto de la *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas* de la AILC y, por lo tanto, la ascendencia de sus postulados en la tarea en curso. Por otra parte, Franco Carvalhal (2006, p. 74) lo destaca como exponente de las nuevas orientaciones dentro las literaturas comparadas que toman la noción de “intertextualidad” para ampliar el horizonte de investigación e incluir otras manifestaciones artísticas y culturales como parte del ejercicio comparativo. A su vez, Meri Torras Francès (2024, p. 188) lo sindicada como representante de la *escuela americana*, responsable de una apertura culturalista de notables consecuencias para el posterior desarrollo de la disciplina. En el artículo de Pizarro, la referencia bibliográfica de la nota al pie que se incorpora tras la cita permite anotar otros datos precisos: la frase es extraída de una presentación que Remak expone en el octavo congreso de la AILC, celebrado en Budapest hacia 1976 y publicado en sus actas oficiales. La estrategia de legitimación es clara: la crítica chilena fundamenta su propuesta metodológica a través de las posiciones de una figura de relieve en el ámbito internacional.

El comparatismo latinoamericano no se constituye a espaldas de los avances recientes en el campo de estudios, sino mediante una lectura atenta de sus aportaciones más innovadoras, que son reconfiguradas de modo crítico para el proyecto historiográfico en curso.

Otra referencia que resulta trascendental para fundamentar la perspectiva propia es la cita a Albert Gérard, un académico belga especializado en el estudio de las literaturas africanas. Sus ideas nutren una de las hipótesis principales del texto. Al meditar sobre las literaturas nacionales, Pizarro advierte que la existencia de múltiples sistemas culturales en América Latina vulnera el concepto de “estado-nación” que había orientado la organización de las literaturas nacionales y la concepción de una literatura latinoamericana. Al profundizar sobre este punto, la autora indica que la pauta nacional había forzado una unidad de lengua y de cultura que no se correspondía con las dinámicas culturales realmente existentes en la región. En términos literarios, la centralidad de lo nacional además implicaba un recorte jerarquizador, puesto que se privilegiaba la creación de los sectores letrados que mejor se adecuaban a los patrones estéticos metropolitanos, en desmedro de la producción popular y subalterna. En consecuencia, la historiografía literaria previa, al no lograr superar el escollo de lo nacional, terminaba por diseccionar y empobrecer el proceso literario latinoamericano. La nueva historia, entonces, debe tomar la cuestión de la heterogeneidad como premisa básica en toda definición del objeto de estudio.

La cita a Albert Gérard se inserta en esta instancia de la argumentación. Expresado en el francés original, el discurso referido funciona para ilustrar que la situación descrita no es exclusiva del subcontinente, sino que es observable en otros lugares del “llamado Tercer Mundo, en donde los procesos históricos han tenido etapas parecidas” (p. 51). Pizarro explica que las investigaciones del autor belga sobre las literaturas africanas le permiten exponer con claridad que la constitución de las letras nacionales de ese continente está atravesada por el fenómeno de la descolonización. Una serie de complejos fenómenos históricos determina que los nuevos Estados africanos sean plurilingües y multiétnicos, lo que marca una ruptura con la unidad nacional tradicional y transforma, por lo tanto, la forma de estudiar su literatura, desde los marcos nacionales y comparativos.

Además de las ideas de Gérard, es menester observar cómo ciertos elementos de su enunciación original se despliegan en la apropiación trazada por Pizarro. Como el texto de Remak, el artículo referido había sido expuesto en una jornada del comparatismo mundial. La nota al pie correspondiente informa que las palabras del crítico fueron tomadas de las actas de un coloquio de literaturas comparadas celebrado en la ciudad de Ohrid, en agosto de 1981, en la actual Macedonia del Norte. Tanto el evento como la fecha son relevantes: nuevamente, Pizarro demuestra un notable manejo de la bibliografía y los avances del comparatismo mundial, así como también una plena convergencia con sus problemáticas

y apuestas contemporáneas. Pero la operación no estaría completa sin el giro local, que es ensayado luego de la extensa cita a Gérard: la diversidad que es captada en las letras africanas es un eje del funcionamiento del sistema cultural latinoamericano desde tiempos de la conquista y se manifiesta con mayor dramatismo en la producción cultural indígena. En ese sentido, Pizarro llama la atención sobre su pervivencia hasta el presente y su constante conflicto con los dispositivos críticos que han buscado marginalizarla. Y cierra con otra cita, pero de un colega cercano: Antonio Cornejo Polar y su noción de “literaturas heterogéneas”. Detalla Pizarro que el peruano “establece así [...] la heterogeneidad de sistemas literarios que coexisten sobre un mismo eje temporal, de distinto ritmo histórico y con diferentes posibilidades de comunicabilidad” (p. 53). Como se puede comprobar, se trata de una operación crítica que se enfoca en problemas locales, abreva en los avances del comparatismo mundial, enlaza las búsquedas con las de otras regiones periféricas y toma como concepto superador para el proyecto historiográfico un aporte de la crítica literaria regional. Como acotación, cabe destacar que, luego de citar a Cornejo Polar, Pizarro se refiere a los trabajos de Martín Lienhard sobre José María Arguedas y el indigenismo, lo que demuestra que el proyecto historiográfico avanza a la par y en estrecho diálogo con dos de las exploraciones más trascendentales de la crítica literaria latinoamericana de la década del ochenta, ambas centradas en el área andina.

La proposición general del artículo de Pizarro es identificar y tornar operativos tres niveles en los que es posible pensar la historia de las letras de la región desde una perspectiva comparatista. El texto oscila en denominar estos elementos como niveles o direcciones. Cada uno de ellos aparece en los dos títulos diferentes del trabajo: en la versión publicada en *Casa de las Américas* se opta por “direcciones”, mientras que en su inserción en el libro de 1985 se elige la palabra “niveles”. La diferencia de matices connota cambios en el registro discursivo y en la manera de encarar el tema. “Direcciones” sugiere un sentido programático y se enuncia como una posible apertura metodológica para la crítica latinoamericana al seno de una mítica revista cultural caracterizada por su énfasis en la relación entre literatura y sociedad. “Niveles”, en cambio, presenta un rasgo más descriptivo y neutral, como si se expusiera un aporte disciplinar ya consensuado, que debe ser tenido en cuenta para la mejor comprensión de lo discutido en las reuniones de Campinas. Hay que recordar que su agregado a *La literatura latinoamericana como proceso* se realiza luego del evento, entre 1983 y 1985.

Los tres niveles son desglosados en extenso por Pizarro. El primero de ellos remite a la identificación y el análisis del funcionamiento histórico de la heterogeneidad cultural que atraviesa el subcontinente. Se retoman en este sentido los aportes de Remak, Gérard, Cornejo Polar y Lienhard para consolidar la idea de que, más allá de los sistemas literarios tradicionales de cada país, configurados por la norma culta, existen procesos y fenómenos que desafían las fronteras y jerarquizaciones

políticas, lingüísticas y genéricas vigentes. La mirada unitaria sobre la cultura del continente tiende a invisibilizar tal diversidad, por lo que es imperativo concebir estudios interdisciplinarios que se vuelquen a pensar cómo se despliegan, relacionan y contrastan estos elementos. El segundo nivel atañe a la comparación entre literaturas nacionales de distintos países. Aquí el ejercicio es más clásico y toma como unidades de comparación aquellos objetos construidos por los estudios literarios tradicionales. El esquema se cierra con un tercer plano, orientado en torno a la relación entre las literaturas latinoamericanas y las europeas. Este aspecto responde a las operaciones críticas más habituales de la región, que tienden a concebir las letras nacionales a partir de un cotejo con los modelos artísticos occidentales. Como se puede leer, la autora coloca como desafío fundamental para el comparatismo latinoamericano el abordaje de la heterogeneidad y luego articula esta tarea con las otras orientaciones. El diagrama aúna así las inquietudes renovadoras con directrices más tradicionales y avanza hacia una metodología que cumple tanto con las demandas institucionales de la AILC como con los anhelos de integración cultural propias del ideario latinoamericanista reivindicado.

Los tres niveles han sido recogidos y, en algunos casos, retomados por la bibliografía especializada (Coutinho, 2018, p. 22). Tal como lo ha escrito Genara Pulido Tirado (2006, p. 276), el programa de investigación que conforman es ambicioso y todavía hoy no ha sido realizado en su totalidad. María Teresa Gramuglio se ha referido a este disenso entre la propuesta teórica y su concreción mediante la idea de un “proyecto inacabado” (Gramuglio, 2011, p. 383). La cuestión merece una indagación aparte, que reflexione sobre en qué medida los desarrollos posteriores del pensamiento crítico han vulnerado ciertos aspectos de la tentativa, en la que conviven la atención por lo diverso con innegables visos de totalización dialéctica y con una perspectiva letrada que ignora cuestiones tan decisivas como la cultura de masas, entre otras. Por otro lado, la meditación podría transitar en un sentido distinto e identificar cuántas de las hipótesis más renovadoras de la crítica literaria latinoamericana de la década de los ochenta se hallan entrelazadas con las intervenciones y las ideas expuestas en Campinas.<sup>2</sup>

Aunque estas cuestiones exceden las posibilidades del presente trabajo, se puede tomar la resonancia de tal desafío para avanzar con el análisis del texto de Pizarro y resaltar sus aristas más arriesgadas y su afinidad con una elaboración cara a varios de los especialistas de la reunión: la teoría de la dependencia. Sobre este último punto, es preciso considerar que gran parte del discurso crítico de Ángel Rama y Antonio Candido se asienta en nociones claves de este vocabulario teórico, cuyos principales cultores fueron economistas y sociólogos del Cono Sur. En textos como “Literatura y subdesarrollo” (Candido, 1972), del crítico brasileño, y “Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica” (Rama, 2006), del uruguayo, se puede comprobar cómo la oposición

<sup>2</sup>La tentativa de entender los debates de Caracas y Campinas como un momento destacado de reformulación del discurso crítico latinoamericano, con consecuencias en los desarrollos posteriores, se encuentra sugerida por Antonio Cornejo Polar cuando, en su clásico libro *Escribir en el aire*, postula: “Varios hemos señalado que, si bien el gran proyecto epistemológico de los 70 fracasó, pues es obvio que de hecho no existe la tan anhelada “teoría literaria latinoamericana”, en cambio, bajo su impulso la crítica y la historiografía encontraron formas más productivas –y más audaces– de dar razón de una literatura especialmente escurridiza por su condición múltiple y transcultural” (2003, p. 8). Podemos entender que tanto la construcción del “comparatismo latinoamericano”, como las relevantes propuestas e hipótesis enunciadas a lo largo del proceso de producción de la historia literaria son claros ejemplos de estas “formas más productivas –y audaces” de la crítica latinoamericana mencionadas por el intelectual peruano.

estructural entre un adentro y un afuera mediada por las asimetrías de poder, la sujeción económica y los procesos históricos estructuran sus formas de pensar la relación entre los modelos artísticos metropolitanos y la particularidad de las letras latinoamericanas. Por otra parte, el origen y la formación de Ana Pizarro en su tierra natal también condiciona este diálogo interdisciplinario, habida cuenta del rol fundamental que tuvo el espacio chileno como una de las principales usinas del pensamiento dependentista luego del golpe militar brasileño de 1964.<sup>3</sup>

En el texto de Pizarro se puede percibir la apelación a la teoría de la dependencia al momento de pensar el tercer nivel de la comparación, el tendido entre las letras latinoamericanas y centrales, es decir, las europeas y norteamericanas. La autora señala que el ejercicio comparatista “debería orientarse a formas de relación estructurales y concretamente las formas de apropiación que *un continente de formación económica dependiente genera en su recepción de las literaturas metropolitanas*” (Pizarro, 1985a, p. 57, resaltado nuestro). Como se puede leer, en el sintagma “formación económica dependiente” refulgen las ideas dependentistas cuando se caracteriza la dinámica histórica del subcontinente, pautada por la subordinación económica y política a determinadas coordenadas geopolíticas; cuando se piensa la literatura europea como “metropolitana”, en desmedro de las regionales, lo que construye dos bloques homogéneos, asimétricos y bien diferenciados; cuando hace énfasis en las “formas de apropiación”, lo que coloca a la creación latinoamericana como mera respuesta ante un estímulo, modelo, problema o fenómeno externo.

Este modo de pensar la cultura y las letras regionales se complementa con algunas observaciones tomadas de trabajos de Rama y Candido: del primero, Pizarro recupera la idea de que la producción local se vuelca sobre las literaturas europeas como el paradigma ante el cual establece complejas operaciones de apropiación; del segundo, retoma la conceptualización del diálogo con las letras occidentales en tanto dialéctica entre localismo y cosmopolitismo. A estas dos posiciones se agrega una más, que es esclarecedora respecto de las deudas con el dependentismo. Se trata de los postulados de Roberto Schwartz, a quien se cita en extenso. Una frase del párrafo referenciado merece ser subrayada: “A lo largo de su reproducción social, de manera incansable, el Brasil sitúa y vuelve a situar las ideas europeas siempre en un sentido impropio” (*apud* Pizarro, 1985a, p. 58). El señalamiento de que las teorías metropolitanas se colocan en un lugar “impropio” en el subcontinente se halla entrelazada con su célebre noción de “ideas fuera de lugar”, que tuvo notables repercusiones en el estudio de la literatura latinoamericana. Sobre ella, Elías Palti ha señalado que el crítico brasileño “buscaba mediante ese concepto, básicamente, traducir en clave cultural los postulados de la llamada “teoría de la dependencia”” (Palti, 2023, p. 253).

Se puede registrar entonces cómo Pizarro ancla parte de su propuesta metodológica en las reflexiones de tres de los críticos convocados en Campinas, las cuales están estrechamente vinculadas

<sup>3</sup>El Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO), conformado en 1965 y en funciones hasta la caída de Allende en 1973, agrupó a intelectuales como Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y André Gunder Frank, entre otros; todos ellos, referentes del dependentismo que produjeron y divulgaron sus ideas desde esa institución chilena (Dos Santos, 2002).

con el pensamiento dependentista y su concepción de América Latina. La intersección con la teoría de la dependencia se complementa con el reconocimiento de los avances de los últimos años dados por las ciencias sociales en la región. La autora señala que el proyecto puede concebir una perspectiva “histórica-estructural” para pensar las letras insertas en el proceso histórico gracias a las formulaciones que “ha puesto en evidencia la ciencia social latinoamericana” (Pizarro, 1985a, p. 56). Aunque Pizarro no explicita su referencia a la teoría de la dependencia, basta trazar una red de sentidos entre los autores y las ideas invocadas para entender que lo que está ponderando es una determinada mirada sobre la realidad del continente, engendrada primero por los economistas y sociólogos de la teoría de la dependencia y adoptada luego por algunos de los principales referentes del proyecto.

Resta el examen de las proposiciones más avanzadas trazadas por la autora chilena en el artículo. En su gran mayoría, están relacionadas con el primer nivel de la comparación, el concerniente a la heterogeneidad. Ya ha sido visto cómo a través de él se aboga por la necesidad de incorporar la producción indígena a la historia literaria en construcción. Pero Pizarro va más allá. En primer lugar, despliega la posibilidad de atender también las producciones orales y populares, sin las cuales no se podrían entender las obras cultas, de acuerdo con su perspectiva. El gesto es osado y se explicita en la siguiente frase: “El comparatismo *en nuestro continente* debe asumir ese papel que *en otras latitudes* se ha denominado relación entre literatura y folklore [...]” (Pizarro, 1985a, p. 53, resaltado nuestro). La aclaración acerca de la diferencia entre el comparatismo ensayado en el ámbito local y en esas otras latitudes aludidas se conecta con la especificidad del fenómeno literario en la región, tal cual es percibida por el proyecto. Las condiciones históricas y sociales de las letras latinoamericanas demandan una mirada más amplia. La operación es significativa, porque se ensaya una apertura cultural muy en sintonía con el programa de investigación de los Estudios Culturales, en su inflexión británica, enunciado por autores como Richard Hoggart y Raymond Williams. No obstante, la propuesta no se basa en una lectura de estos trabajos (que no son citados ni referenciados en todo el volumen), sino en el estudio del propio corpus literario –diverso en extremo– y en la certeza de lo limitado que resulta el estudio de la literatura latinoamericana sin hacerse cargo hasta última instancia de su matriz heterogénea. Así, Pizarro agrega al desafío historiográfico la comprensión de narrativas populares, tradiciones orales y otras producciones simbólicas que exceden los límites de las letras cultas.

En segundo lugar, se encuentra la cuestión caribeña, que había sido tema de discusión en las reuniones de Caracas. En este texto, la autora echa luces sobre ella, en tanto la entiende como portadora de un conjunto de atributos que colocan a la cultura del Caribe como un distinguido objeto de interés para las inquietudes comparatistas. Fenómenos históricos, como los lazos coloniales con distintas metrópolis, el esclavismo y las

múltiples migraciones; étnicos, como la presencia masiva de poblaciones africanas, en conjunto con las nativas y europeas; culturales, como los procesos de entrecruzamiento y transculturación entre las poblaciones del archipiélago; lingüísticos, como el entrecruzamiento de una gran cantidad de idiomas, desde los originarios a los metropolitanos, pasando por los africanos; todo este conjunto de elementos sustenta la pertinencia del acercamiento comparativo. Más allá de detenerse al pasar por una textualidad muy peculiar de la región, como lo es la creación literaria multilingüe, el artículo de Pizarro no avanza mucho más en la reflexión del Caribe como área cultural a ser tenida en cuenta por el proyecto historiográfico. Sin embargo, este tratamiento de la temática está asociado a otra intervención editorial clave en *La literatura latinoamericana como proceso*: el agregado al libro de un capítulo entero, colocado al final de la publicación y escrito por la intelectual chilena. Titulado “La noción de literatura latinoamericana y del Caribe como problema historiográfico” (Pizarro, 1985b), el texto profundiza en la problemática, desarrolla los nexos entre la cultura caribeña y la latinoamericana y concluye con un llamado a su integración –conceptual, metodológica, crítica– a la historia literaria de la región.

El tercer elemento que sobresale en “Sobre los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina” es la extensión del trabajo comparativo hacia las literaturas de otras regiones periféricas del planeta. El caso es muy sugerente. Escribe Pizarro: “Se trata en este caso, [...] de la recepción que hacen las literaturas africanas de las nuestras, en el marco de un común reconocimiento de formas propias del Tercer Mundo de percepción de la vida” (1985a, p. 58). Esta forma de denominar a los países involucrados en la hipótesis remite a las invocaciones propias de los intelectuales de izquierda de las décadas del sesenta y el setenta, así como también a las elucubraciones de la teoría de la dependencia. En todo caso, se trata de una manera de religar sociedades que atraviesan situaciones similares de opresión colonial y sometimiento económico. También, de esperanzas emancipadoras y de transformación. El ejercicio adquiere trascendencia si se considera en qué medida se postula un trabajo de investigación transnacional que supera el vínculo entre América Latina y Occidente, propio del tercer nivel comparatista y muy frecuente en la conceptualización de las literaturas nacionales latinoamericanas. Pero la frase no limita el acercamiento a la cuestión política, sino que enfatiza la cuestión literaria, a partir de la cual se trae a colación la apropiación y reinención de la estética de Gabriel García Márquez ensayada por el escritor congolés Sony Labou Tansi en su novela *La vie et demie*. Pizarro traza redes aquí con lenguajes, tradiciones, áreas culturales y fenómenos históricos que también han sido catalogados como marginales en el estudio de la literatura universal y plantea diálogos horizontales, sin la mediación de los centros académicos mundiales.

Y algo más: en las palabras finales de la última frase citada, la apelación a las “formas propias” de “percepción de la vida” puede ser

pensada como un virtual punto de fuga ante las coordenadas letradas, totalizadoras, dependentistas de la intervención y del proyecto. La posibilidad de repensar la literatura como experiencia de vida y no como un corpus confeccionado y reglamentado por un equipo de expertos bajo premisas académicas imprime a esta tentativa de vincular las letras latinoamericanas con las africanas un aire ciertamente disruptivo. Sobre todo, si confrontamos la idea con las demás partes del texto y del libro, en el que hay un esfuerzo mayúsculo por sistematizar y ordenar racionalmente la materia literaria.

¿Cómo impactan las ideas de la autora en las resoluciones del encuentro de Campinas? ¿Qué rol juega el texto en el sentido global de *La literatura latinoamericana como proceso*? En el “Informe Final” se pueden rastrear algunas de estas cuestiones. Bajo el subtítulo de “Ámbito metodológico”, se expresa que el proyecto avanza hacia una concepción historiográfica que identifica como central el funcionamiento integrado de al menos cuatro sistemas literarios (culto, popular, indígena e intermedio) en la literatura latinoamericana. Es posible identificar entonces cómo la atención a la heterogeneidad del primer nivel de comparación pautado por Pizarro condiciona la observación de esta superposición de sistemas. En contraposición, su esfuerzo por construir un “comparatismo latinoamericano” queda bastante debilitado en el consenso general. Curiosamente, el balance de lo discutido de Campinas se asemeja mucho a lo concertado en Caracas: se afirma que el proyecto se encuadra con la “perspectiva de otros volúmenes del programa general de *Historia Comparada de las Literaturas de Lenguas Europeas*, en términos del paralelismo de las proposiciones” y que se cumple con el método comparatista sobre todo mediante el cotejo entre Hispanoamérica y Brasil y luego con la incorporación del Caribe “latino y no latino” (Pizarro, 1985, p. 143).

Lo anterior dista mucho de los enunciados de Pizarro, con su detenimiento metodológico y sus apuestas teóricas. El contraste es todavía mayor al leer el siguiente enunciado: “La síntesis comparativa en este caso la desarrolla más bien el lector y no necesariamente el investigador” (p. 143). Esto significa que, finalmente, el proyecto camina hacia la escritura de una historia de las letras latinoamericanas que adopta muy libremente las propuestas del comparatismo. Se avanza hacia la producción de capítulos que no son intrínsecamente comparativos, sino estudios particulares sobre temas específicos. La idea de que la “síntesis comparativa” se da como un efecto de lectura posterior implica que no se insta a los investigadores a reflexionar ni ahondar en ejercicios renovadores de comparación a través de los tres niveles planteados. La problemática se aplana y la solución parece ser la vuelta hacia un estudio de la literatura latinoamericana en el cual cada autor puede dedicarse a sus usuales temas de investigación.

Esta resolución se desprende de las intervenciones de Ángel Rama. Es él quien, tanto en los debates recogidos en la introducción

del libro como en su texto publicado en *La literatura latinoamericana como proceso*, relativiza la importancia del comparatismo y defiende la posibilidad de mantenerlo como marco general, pero no como principal apuesta metodológica del proyecto (apud Pizarro, 1985, p. 87). El análisis de la totalidad del libro demuestra hasta qué punto el “factor Rama” termina por orientar el proyecto. Aquellas ideas de Pizarro y de los otros participantes que coinciden con la perspectiva del crítico –como la consideración de la heterogeneidad cultural, los procesos de transculturación, la atención por el Caribe, la mirada dependentista, el ideario integrador– son aceptadas y forman parte de las resoluciones de Campinas; mientras tanto, varios tópicos e hipótesis tratados en la reunión o desarrollados en el libro son desplazados u omitidos a la hora de direccionar los próximos pasos del emprendimiento. El punto es interesante para observar cómo toda empresa intelectual está atravesada por lógicas interpersonales, simbólicas, institucionales que exceden el más estricto marco conceptual, pero que modifican notablemente su desarrollo. El “factor Rama”, además, motiva un interrogante adicional: cómo Ana Pizarro y sus colaboradores continúan, luego de la muerte del uruguayo, un proyecto tan marcado por su liderazgo y convicciones.

### **A modo de conclusión**

A lo largo del trabajo, se ha trazado un recorrido por distintas instancias del gran proyecto historiográfico de Ana Pizarro para luego plantear una lectura minuciosa del texto que la propia autora incorpora a *La literatura latinoamericana como proceso*. Se entiende que este artículo constituye un documento de vital relevancia para revisar sus aportes a la construcción de un “comparatismo latinoamericano”, así como también para pensar el problemático desarrollo de la historia literaria que el mentado equipo de intelectuales intenta diseñar hacia 1982 y 1983.

El examen de “Sobre los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina” habla a las claras de su intento de renovación metodológica. El estudio de las fuentes bibliográficas demuestra que una de las operaciones críticas de Pizarro más destacadas es su trabajo con autores, textos e ideas provenientes del ámbito del comparatismo mundial más contemporáneo. A través de las referencias a Henry Remak y Albert Gérard, Pizarro dialoga con los dos principales ámbitos de reformulación de las literaturas comparadas, tras el cambio de paradigma que alcanza su formulación académica en la década del ochenta: por un lado, los planteamientos de la “escuela americana”, con su apertura culturalista; por el otro, las hipótesis comparatistas trazadas desde la encrucijada poscolonial (Torras Francès, 2024, p. 187).

La otra operación crítica subrayada es la articulación entre una agenda dependentista y otra renovadora. La primera asume con fervor el ideario latinoamericanista, por lo que relativiza las diferencias entre las creaciones internas e insiste con la integración continental en oposición

a las sujeciones metropolitanas. En este sentido, el comparatismo funciona como una herramienta para jerarquizar los procesos históricos y económicos y determinar una unidad dada por la lucha contra la opresión colonial mediante el estudio y el desarrollo de las letras y la cultura. La segunda se desprende de la teoría de la dependencia y alcanza ribetes plenamente innovadores. Se trata de un conjunto de proposiciones que exhiben un fuerte ánimo de renovación a partir de la reinención crítica local de las líneas principales del comparatismo mundial. A pesar de que Pizarro no ahonda en estas posibilidades, queda de manifiesto que tales observaciones formulan por cierto una agenda crítica radicalizada, sugerida mas no realizada. Es posible considerarla como ilustración de aquellas formas más audaces alcanzadas por la crítica latinoamericana en la década del ochenta, a las que se refería Cornejo Polar, o como algunos de los elementos que hacen que el emprendimiento historiográfico de Campinas sea, aún hoy, un “proyecto inacabado”, en palabras de Gramuglio.

En suma, el intento por construir un “comparatismo latinoamericano” adquiere en este texto un momento de alta productividad crítica. Al seno del vasto proyecto historiográfico que ella misma lidera, Ana Pizarro traza operaciones que permiten una reformulación metodológica a partir de problemáticas literarias, inquietudes políticas y proyectos colectivos propios de la región. Atenta a las transformaciones contemporáneas de la literatura comparada, la autora ofrece una propuesta compleja, por momentos conflictiva, en la que laten las cuestiones más difíciles y urgentes en la tarea historiográfica en curso, como el tratamiento de la heterogeneidad cultural. Pero también se presentan en su artículo algunos de los momentos críticos más luminosos de la tentativa, que abre caminos más allá de Campinas e interpela a los estudios latinoamericanos contemporáneos con la potencialidad de sus apuestas más arriesgadas.

## Referencias

CANDIDO, Antonio. Literatura y subdesarrollo. In: FERNÁNDEZ MORENO, César (coord.). *América Latina en su Literatura*. México: Siglo XX, 1972. p. 339-353.

CANDIDO, Antonio; RAMA, Ángel. *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia*. Edición, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo: Estuario, 2016.

CARVALHAL, Tania Franco. La literatura comparada en América del Sur. 1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, v. IX, p. 33-38, 1995. Disponible em: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc708d4>. Acceso em: 25 mar. 2024.

CARVALHAL, Tania Franco. *Literatura comparada*. São Paulo: Ática, 2006.

COUTINHO, Eduardo. Literatura comparada en América Latina: una disciplina transcultural. *Cuadernos del CILHA*, v. 19, n. 2, p. 15-25, 2018. Disponível em: <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha/article/view/1666>. Acesso em: 14 mai. 2024.

D'ANGELO, Biagio. América Latina y la práctica de la literatura comparada. *Studium Veritatis*, v. 3, n. 4-5, p. 125-142, 2002. Disponível em: <https://doi.org/10.35626/sv.4-5.2002.226>. Acesso em: 14 mar. 2024.

DOS SANTOS, Theotonio. *La teoría de la dependencia: balances y perspectivas*. Madrid: Plaza Janés, 2002.

GÓMEZ, Facundo; SOZZI, Martín. Caracas y Campinas: un proyecto político y descolonizador. Entrevista a Ana Pizarro. *Telar*, n. 32, p. 80-105, 2024. Disponível em: <https://doi.org/10.70198/rt.i32.694>. Acesso em: 20 sep. 2024.

GÓMEZ, Facundo. Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana. *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, n. 379, p. 17-37, 2021. Disponível em: <https://revistadigital.uce.edu.ec/index.php/anales/article/view/5937/7026>. Acesso em: 14 maio 2024.

GÓMEZ, Facundo. *Por una crítica latinoamericanista: la praxis intelectual de Ángel Rama*. 2019. Tese (Doutorado em Literatura) – Faculdade de Filosofia e Letras, Universidade de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

GRAMUGLIO, María Teresa. Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto. In: CROLLA, Adriana. (org.). *Lindes actuales de la literatura comparada*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2011. p. 42-51.

MAÍZ, Claudio. Entrevista con Ana Pizarro: Las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana. *Cuadernos del CILHA*, v. 14, n. 18, p. 167-180, 2013.

MEREGALLI, Franco. La perspectiva comparatista. In: PIZARRO, Ana (ed.). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987. p. 53-75.

PACHECO, Carlos; PIZARRO, Ana. Aprender el movimiento de nuestro imaginario social. In: PIZARRO, Ana (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. p. 67-77.

PALTI, Elías. *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Bernal: Universidad de Quilmes, 2023.

PIZARRO, Ana (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985, p. 50-59.

PIZARRO, Ana. Los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina. In: PIZARRO, Ana (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985a, p. 50-59.

PIZARRO, Ana. La noción de literatura latinoamericana y del caribe como problema historiográfico. In: PIZARRO, Ana (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985b. p. 132-140.

PIZARRO, Ana. El discurso literario y la noción de América Latina. In: *Primer Seminário Latino-Americano De Literatura Comparada*. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1986. p. 7-14.

PIZARRO, Ana (coord.). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987.

PULIDO TIRADO, Genara. Del comparatismo espontáneo a la literatura mundial en América Latina. *1616: Anuario de Literatura Comparada*, n. 3, p. 273-299, 2013. Disponível em: [https://revistas.usal.es/dos/index.php/1616\\_Anuario\\_Literatura\\_Comp/article/view/12468](https://revistas.usal.es/dos/index.php/1616_Anuario_Literatura_Comp/article/view/12468). Acesso em: 3 fev. 2024.

RAMA, Ángel. Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración. In: PIZARRO, Ana (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. p. 85-97.

RAMA, Ángel. Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica. In: *Literatura, cultura, sociedad en América Latina*. Antología, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo: Trilce, 2006. p. 94-109.

REMAK, Henry. Carta a Ángel Rama. Copia mecanografiada. Archivo Ángel Rama, Caja 31, carpeta 4, 25 de marzo de 1980.

SUARIQUE Gutiérrez, Elizabeth. *“América Latina: Palavra, Literatura e Cultura (ALPLC)”, de Ana Pizarro, e a renovação do discurso historiográfico latino-americano*. 2015. Dissertação (Mestrado em História da Literatura) – Universidade Federal do Rio Grande, Rio Grande, 2015.

TORRAS FRANCÈS, Meri. Encarnar la crisis: cuerpos, corpus y literatura comparada. *Nuevas Poligrafías*, n. 9, p. 182-198, 2024. Disponível em: <https://doi.org/10.22201/ffyl.29544076.2024.9.2089>. Acesso em: 3 fev. 2024.

### **Comparar para reformular: Ana Pizarro e as direções do comparatismo na América Latina**

#### **Resumo**

*Ana Pizarro liderou um célebre projeto coletivo dedicado a escrever uma nova história da literatura latino-americana. Um dos principais desafios que a iniciativa enfrentou foi a adoção do método comparativo e sua articulação com as preocupações e orientações da crítica literária local. Nesse contexto, Ana Pizarro refletiu sobre o problema e propôs a necessidade de um “comparatismo latino-americano”. Por um lado, a reconstrução do projeto e dos debates sobre o tema permite iluminar o tópico e contextualizar a intervenção da autora na discussão. Por outro lado, a análise de seu artigo “Sobre los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina” esclarece que sua interpretação das letras regionais está centrada na ideia de heterogeneidade cultural. Seu texto dialoga com as contribuições do comparatismo contemporâneo e converge com suas tendências mais inovadoras. A autora combina uma agenda integradora e outra radicalizada que impactam de forma desigual no desenho da história literária e sugerem um programa de pesquisa crítica ainda relevante. Pizarro reformula assim as propostas do comparatismo com base em um fundamento geopolítico latino-americano, o que implica operações críticas tão complexas quanto originais.*

**Palavras-chave:** *Ana Pizarro. Literatura latino-americana. Literatura comparada. Crítica literária.*

### **Comparing to reframe: Ana Pizarro and the directions of comparative literature in Latin America**

#### **Abstract**

*ana Pizarro has led a renowned collective project dedicated to writing a new history of Latin American literature. One of the main challenges that the initiative faced was the adoption of the comparative method and its articulation with the concerns and orientations of local literary criticism. In this context, Ana Pizarro has reflected on the issue and has proposed the need for a “Latin American comparatism”. On the one hand, reconstructing the project and debates on the topic sheds light on the subject and contextualizes her intervention in the discussion. On the other hand, the analysis of Pizarro’s article “Sobre los posibles niveles de un*

*análisis comparativo en América Latina” clarifies that her interpretation of regional literature is centered on the idea of cultural heterogeneity. Her text engages with contributions from contemporary comparatism and aligns with its more innovative trends. The author combines an integrative agenda with a radicalized one that impact unevenly on the design of literary history and suggest a still relevant critical research program. Pizarro thus reformulates the proposals of comparatism based on a Latin American geopolitical foundation, involving critical operations as complex as they are original.*

**Keywords:** *Ana Pizarro. Latin American Literature. Comparative Literature. Literacy Criticism.*